

# El periodismo cultural en Bilbao

*Germán Yanke*

Redactor-Jefe de El Mundo del País Vasco

El autor comenta los contenidos del periódico La Noche, prototipo de periódico cultural publicado en 1924 así como el de la revista Hermes, que ya pertenece a la mitología de la vida cultural de la Villa.

Egileak 1924an argitaratu zen eta kultur egunkarietan eredutzat jo daitekeen "La Noche" eta Hiriko kultur bizitzako mitologiaren parte den "Hermes" aldizkariaren edukiak komentatzen ditu.

The author discusses the contents of *La Noche*, the prototype cultural newspaper published in 1924, and *Hermes*, one of Bilbao's legendary magazines.

Como ven, al final aparece la prensa. Su aparición, de todos modos, no me parece gratuita, independientemente del honor que me ha hecho el profesor Agirreazkuenaga invitándome a participar en este simposio (que yo agradezco sinceramente) porque buena parte de la reflexión de los bilbainos sobre Bilbao se ha hecho a través de los periódicos. Quizá hemos sido poco dados al análisis de más altos vuelos —con excepciones notables, naturalmente, y hemos tenido prueba de ello en la intervención esta tarde de Jon Juaristi— por la falta de una tradición universitaria o por un secular presentecentrismo, ahora en crisis de nostalgia, que nos ha llevado a formular las propuestas y sugerir los cambios sin muchos miramientos, pensando sencillamente que nada puede ser más atractivo que el momento en que vivimos y que no hay modo más eficaz de plantearlo que las hojas volanderas y perecederas que en realidad son los periódicos.

No puedo, por falta de tiempo y de capacidad, referirme ahora a toda la historia del periodismo cultural, o de la presencia de la cultura de la prensa, de nuestra Villa. Intentaré, sin embargo, y ya que este simposio se anuncia de una forma abierta con la mirada puesta en el año 2000, detenerme con ustedes en algunos momentos más o menos estelares.

Para empezar les propongo que viajemos con la imaginación al mes de febrero de 1924. Cinco meses antes, Miguel Primo de Rivera, al que gustaba venir a Bilbao quizá para molestar don Miguel de Unamuno, había dado un golpe de Estado y la vida política, social y cultural de la Villa debatía el sentido y las consecuencias del mismo. Se oían, espero, los ecos de las protestas más serias y enardecidas que, naturalmente, eran las de Unamuno pero no se puede decir, por mucha nostalgia que cumule nuestra época, que el sentimiento de indignación fuese general. En ese mes de febrero de 1924, exactamente el día 25, aparece el primer número de *La Noche*. Un texto de presentación, escrito por Joaquín Adán, asegura que a los promotores del diario les agobia “la mediocridad de las realidades nacionales”. “Se carece de altivez —explica el artículo—, de arrogancia y menosprecio. Unos revuelos de jerarquía aristocrática son envilecidas con manobras propias de un estabulario... Mal pavoroso y secular este mal nuestro de falta de inteligencia. Por carecer de los mejores imponderables, el mundo nos va olvidando. El mundo se obstina en su misión humana de vencer imposibilidades... En este empeño del mundo, España no es parte”.

Los redactores y promotores de *La Noche* eran, entre otros, Mourlane Michelena, Lequerica, Zuazagoitia, Isern, Julián Echevarría, Estanislao María de Aguirre, Severino Achúcarro y el ya citado Joaquín Adán. Aporto este nómina incompleta, aunque significativa, para subrayar que el tipo de “periodista” de *La Noche* tenía un carácter más intelectual que el mero empeño de contar lo que pasaba cotidianamente en Bilbao y en el mundo. Y traigo a colación este periódico, entre las pocas referencias concretas que puedo hoy hacer, porque considero que es, en Bilbao, el prototipo de diario preocupado por la cultura, casi un “periódico cultural”.

Ha habido discusiones, que explica Alfonso Carlos Saiz Valdivielso en su obra sobre la historia del periodismo vasco, acerca de los motivos que llevaron a la fundación de *La Noche*. Para unos se trataba del empeño de un grupo de “liberales bilbainos” —acepto el término porque tampoco es éste el momento de las disquisiciones ideológicas— por hacer valer su punto de vista frente al Directorio de Primo de Rivera. Otros, por el contrario, aseguran que, sencillamente, la burguesía bilbaina aprovechó las circunstancias para servirse de un órgano de opinión consiguiendo, al mismo tiempo, ofrecer un trabajo a uno de sus adalides intelectuales, Pedro Mourlane Michelena, que dirigirá el periódico.

Sea como fuere, es indudable que había un cierto eco, aunque a veces fuese lejano, de aquellas protestas unamunianas antes citadas. Y es igualmente indudable que *La Noche*, editado en los talleres de *El Liberal* y en relación directa y constante con Indalecio Prieto, lucha contra la censura de la dictadura y tiene que dejar a menudo espacios en blanco como muestra de que no se sometía a las presiones y los dictados del poder.

Pero nos interesa ahora porque *La Noche* mostró durante toda su existencia, aunque fuese breve, una alta calidad y una preocupación cultural evidente. En sus páginas se encontraban los comentarios de Mourlane bajo la rúbrica “Visto y oído”, la primera revista de prensa de nuestros medios de comunicación, las críticas de espectáculos de Isern, las secciones “Correo de las Artes y las Letras” y “Museo” que encontraban hueco, además, en la primera página. Pronto se incorporaron las firmas de Ortega y Gasset y de Eugenio d’Ors y se entró de lleno en algunas polémicas sobre asuntos referidos a las ideas, como sería el caso —zahiriendo a *El Pueblo Vasco*— de la enseñanza obligatoria de la Religión.

Era *La Noche* un diario cuidado, liberal y monárquico, con un lenguaje a menudo barroco, con preocupaciones varios escalones más arriba que los que llenaban el tiempo y las páginas de sus competidores. Y es, visto con la distancia, un ejemplo de esa profunda mutación que se produjo en la derecha bilbaina en el techo de pocos años. De la resistencia a la Dictadura, de un aristocrático concepto de la libertad, de una crítica mordaz al primer fascismo (el mismísimo Joaquín de Zuazagoitia escribió en *La Noche* que “para un bilbaino, el fascismo es como una ampliación de los exploradores con mayor vistosidad y no mucha mayor trascendencia. Su teatralidad nos aleja hasta de sus intenciones. No acertamos a comprender cómo hay hombres tan ingenuos o tan fatuos que se paseen de aquella guisa en calidad de salvadores de la patria), de todo eso se pasó en pocos años, bien es cierto que ya desaparecido el periódico, al fascismo vasco. Con buena parte de los mismos nombres. Exactamente siete años antes de la proclamación de la República, Mourlane Michelena, bohemio y elegante, conversador incansable y polemista brillante, abría el periódico enfatizando el Estado como “el más fuerte cimiento de la libertad” para mostrar sus recelos al brote del movimiento estatutario y pronto creyó que el Estado

debía ser el cimiento de todos los valores, que, claro, no podían ser sino los suyos. Y que además cambiaban.

Pero este final de sus promotores no invalida la huella de periodismo intelectual de un periódico como *La Noche*, seguramente el diario más culto de cuantos ha habido en Bilbao y que, quizá por eso, tuvo que cerrar rápidamente con pérdidas económicas, de lectores y de anunciantes.

Quizá era demasiado intelectual para aquella época —lo sería exageradamente para la nuestra— pero la cultura tenía entonces, al menos, un espacio que hoy nos parece sorprendente. Incluso periódicos deportivos contemporáneos de *La Noche*, como *Excelsior* y su sucesor *Excelsius*, tenían sus secciones fijas de literatura, arte y música, a las que imagino no debía ser ajeno quien fuera consejero delegado de *Excelsius*, Alejandro de la Sota.

Yo tengo especial devoción por Alejandro de la Sota, no puedo ocultarlo. Especial devoción por su elegancia como cronista social de la villa y por su papel de agitador cultural de Bilbao, precisamente a través de la prensa. Hijo de sir Ramón de la Sota, había estudiado en Londres y viajaba con frecuencia por Europa, sobre todo a París. Allí participaba en tertulias, leía con ingeniosa atención lo que no llegaba a tiempo a Bilbao (incluso algunas cosas que no llegaron nunca), se relacionaba con importantes escritores y críticos. De Londres se trajo, junto a otros bilbainos que también recibían allí lo que la buena sociedad llamaba “estudios especiales”, el fútbol. Fundó con ellos el Athletic y, como he apuntado, mantuvo en alza hasta la Guerra Civil *Excelsius* que, en el ámbito de la prensa deportiva, es un monumento. Pero también se trajo de París y Londres la savia de la revista *Hermes*, otro de los hitos bilbainos de la prensa cultural, al que no quiero dejar de aludir en esta limitada y breve selección de ejemplos.

Tenemos que retroceder ahora unos pocos años porque cuando *Excelsior* salió a la calle ya había terminado la historia de *Hermes*. Una historia que tiene un promotor y un alma. El promotor, Jesús de Sarría; el alma, a mi juicio, Alejandro de la Sota y no sólo, desde luego, porque su familia estuviera comprometida económicamente con *Hermes*.

Sarría era muchas cosas. Era miope, era rico, era exótico, era homosexual, era nacionalista. Y también, como escribió Ramón de Basterra en un largo texto que le dedicó, era “el tesorero” de las esperanzas de una generación de bilbainos preocupados y ocupados en la cultura. Por ser rico, vivió con desahogo. Por ser nacionalista, aunque a veces lo fue de manera crítica y heterodoxa, entabló las relaciones con la familia Sota que posibilitaron el nacimiento de *Hermes*. Por ser tesorero de aquellas esperanzas reunió a su alrededor un importante grupo de firmas: Unamuno, Baroja, Rafael Sánchez Mazas, Ricardo Gutiérrez Abascal, Fernando Quadra Salcedo, algunos nombres que ha hemos citado al hablar de *La Noche* como Lequerica y Mourlane Michelena, el propio Basterra. Por ser miope y exótico, y sobre todo por ser homosexual, Sarría sufrió lo indecible y, según cuentan, incapaz de soportar los comentarios en la Sociedad Bilbaína,

precisamente donde se instaló la primera redacción de la revista, acerca de algún acercamiento amoroso frustrado, decidió suicidarse. Pero dejó *Hermes*, que ya pertenece a la mitología de la vida cultural de la Villa.

El primer número de *Hermes* es de enero de 1917. Cuarenta páginas de tamaño holandesa con un Mercurio en la portada dibujada por Aurelio Arteta entre gárgolas de Félix Agüero acoge artículos de Ramiro de Maeztu, Ramón de Olascoaga, que escribía en *El Pueblo Vasco*, Pedro Mourlane Michelena, Julio Carabias, el escritor José María Salaverría, “Imanol”, que no es otro que Manuel Aznar, abuelo del actual presidente del Gobierno español, “Juan de la Encina”, seudónimo famoso del crítico de arte Ricardo Gutiérrez Abasca, don Miguel de Unamuno, Gregorio de Balparda, Ignacio de Areilza, José Félix de Lequerica y Rafael Sánchez Mazas, además de las crónicas sociales de Federico García Sanchiz y Alejandro de la Sota. Poco más había, ciertamente, en el micromundo cultural de la Villa y ese poco terminó Sarría integrándolo en *Hermes*.

Pero tenía la revista una vocación más amplia. Si de puertas adentro pretendía establecer un pacto, un acuerdo sobre la importancia de la cultura que se extendiera a todas las posiciones políticas, de puertas afuera quería ser algo más que una revista de Bilbao o, de manera más precisa, ser el cauce y la expresión del peso cultural que entendían debía tener Bilbao en la vida española. Al año de existencia se presentó en Madrid, de la mano de Ortega y Gasset, y terminó siendo allí conocida y voceada cada mes por los vendedores de prensa callejeros. El éxito hace que entre 1918 y 1920 se publique quincenalmente (en el 19 se inserta la primera fotografía en color de un dibujo de Cabanos Oteiza) y la tranquilidad que aportaba el éxito hizo a su vez que se subrayara la filiación nacionalista de su promotor y de la familia que le apoyaba económicamente. Elizale publica sus artículos sobre las nacionalidades, se honra la memoria de Sabino Arana, se defiende “lo nacional” y la autonomía de Euskadi. Siempre, de forma moderada, tratando de buscar el aspecto y el argumento que les parecía más moderno; siempre, asimismo, desde el sector más pragmático del nacionalismo, al que Sarría y los Sota pertenecían, aunque la ideología del director de la revista fuera más intervencionista en lo social y económico que la de sus patrocinadores.

En 1921 vuelve a la periodicidad mensual y a un planteamiento más abierto y menos político. Se ha apuntado como causa la pérdida de algunos lectores y de bastantes colaboradores en la etapa intermedia y se ha señalado que el giro del timón tenía la misma paternidad que la revista: Jesús de Sarría. Yo pienso, sin embargo, que el gran artífice de este nuevo período es Alejandro de la Sota, más abierto y templado que su familia en cuestión política y con una manera de ver las cosas eminentemente más europea, al menos más “viajada”. En ese tiempo, y siempre gracias a los contactos de Alejandro de la Sota, se incorporan a *Hermes* firmas habituales en el *Mercure de France*, como el periodista Francisco Contreras, y algunas de las personas a las que Sota había tratado, y seguía tratando, en Londres: Salvador de Madariaga, Symons, Chesterton, Ezra

Pound, etc. Alcanzará fugazmente el prestigio internacional y la documentación de la época demuestra que el interés por Inglaterra tenía también su contrapartida: se solicitan ejemplares desde Oxford y Cambridge, se traducen algunos textos, se habla de *Hermes* en los círculos intelectuales. No se debe dejar de señalar que, junto a las firmas citadas, Hermes acoge a Juan Ramón Jiménez, Zenobia Camprubi, la novela “El capitán Malasombra” de Pío Baroja y, entre otros artículos, el adelanto de los versos de “El Cristo de Velázquez” de Unamuno, el único de los colaboradores de *Hermes* al que Ezra Pound pidió un texto para una de las revistas que promovió en Londres.

No creo exagerar al decir que *Hermes* fue una gran revista y que, en el periodismo cultural de periodicidad no diaria, ocupa el lugar más alto en la vida intelectual de Bilbao. Pero, precisamente por no exagerar, entiendo que hay que decir también que, salvo excepciones, la modernidad de *Hermes* es, por explicarlo de alguna manera, refrenada. Algunos de los temas que se debatían en aquellos momentos en Europa (se me ocurre ahora, como ejemplo, el psicoanálisis, sobre el que se escribe y polemiza al término de la Gran Guerra —la que el periódico *El Nervión* llamó, por cierto, “grave conflicto entre varias naciones europeas”) brillan por su ausencia, algo que no pasó en *Revista de Occidente* que se comenzó a publicar en Madrid poco después. Pero es seguramente un déficit más achacable a la vida intelectual española que a *Hermes* puesto que, mientras existió, mantuvo una calidad superior a la revista *La Pluma*, inspirada por Manuel Azaña y su cuñado, Rivas Cherif.

El último número de *Hermes* aparece en julio de 1922, ya en medio de dificultades económicas. Los problemas financieros y las afinidades afectivas de Sarría le estaban dejando solo, salvo la presencia y el aliento constante de Alejandro de la Sota. *La Gaceta del Norte*, el periódico que con ironía hicieron leer los liberales de El Sitio a uno de los angelotes que adornan el techo de esta sala, cuenta en su número del 28 de julio de 1922 que el día anterior, a las once menos cuarto de la mañana, los numerosos transeúntes que paseaban por la calle Correo, “se vieron desagradablemente sorprendidos al ver caer desde uno de los pisos superiores el cuerpo de un hombre. Era el de Sarría, que llegó ya muerto a la Casa de Socorro. “La versión más generalizada —dice *La Gaceta del Norte*— respecto a las causas que impulsaron a don Jesús de Sarría a darse muerte fueron que era víctima de una gran excitación que le produjo un fulminante ataque de enajenación mental, lanzándose repentinamente a la calle, sin que pudiera ser evitada su desgracia”. Era, como se dice, la versión más generalizada.